

A falta de nada mejor.

Autor: Mavros.

Uno de mis más queridos personajes se llamaba Sigmund Daubmannus, un alquimista bastante borde y autosuficiente en el mundo del Warhammer de Rol. Viajábamos por el Imperio en una época aciaga y nuestro destino nos obligó a tomar en una ocasión un trayecto que se había abandonado pues se creía que estaba infestado de seres monstruosos. Yo no las tenía todas conmigo, pero el grupo decidió seguir y yo no tuve más que avenirme porque tampoco podía regresar solo sin esperar algún contratiempo (me gustaba mi personaje por la enorme jugabilidad que da un individuo egoísta, un poco cobarde y desagradable en el hablar).

Anduvimos hasta encontrarnos con un riachuelo cruzado por un puente hecho de huesos humanos. No todo el mundo sacó su tirada de Sangre Fría, así que no pudimos atravesarlo inmediatamente. El ambiente comenzó a ser opresivo y contribuyó a desanimar al grupo. Algo iba a pasar. Yo estaba temblando, claro, y no de frío, porque a ese nivel los hechizos que tenía eran más bien escasos (veamos...podía iluminar un objeto para que diera luz durante una hora y podía dormir a un enemigo una cantidad de asaltos breve...ahora me acuerdo de que también podía abrir cerraduras ¡enhorabuena!). Básicamente, mi personaje no sabía pelear ni tenía hechizos para ello, y lo prefería así, porque su transfondo pedía a un personaje poco batallador y porque siempre me ha gustado más buscarme el ingenio de resolver las situaciones comprometidas de otras formas...

Así estábamos en medio del camino cuando entre la niebla aparece un guerrero con negra armadura (¿un guerrero del Caos?) y varios seres deformes que nos rodean sin más palabras. El grupo se apresta para el combate, ¡qué remedio! y yo tan nervioso como estaba saco la espada con torpeza sin igual. Se me acerca entonces un hombre bestia y comenzamos a pelear. Pasamos ¡8 turnos! sin dar ni una el hombre bestia ni yo. A mi lado y detrás oía el entrechocar de aceros, pero yo sólo estaba a lo mío. Al final el engendro ese me desarma. No sabía qué hacer...

Así que sin pensarlo me lanzo en carga hacia él...saco 03 en la tirada, venzo en la tirada de fuerza con una pifia del hombre bestia y caemos los dos al río. Gano también en el forcejeo con otra tirada ancestral de 02 y como no sabía qué hacer le arranco el morro de un mordisco soberano (07). En la confusión logro su espada y lo acuchillo con ensañamiento. Sólo cuando lo veo muerto me dejo caer en la orilla hacia atrás y me desmayo (85 en la tirada de Sangre Fría).

Mis compañeros del grupo me recogieron más tarde. Ellos estaban magullados y con alguna herida. Yo era el único indemne. A veces, dejar las cosas a los dados es la salvación, por mucho ingenio que uno quiera tener.